

LA SE GUNDA GUERRA MUN

El Comienzo del Final

LA GRAN BATALLA DEL GENERAL DE GAULLE

*En la derrota, altivez
En la guerra, resolución
En la victoria, magnanimidad
En la paz, buena voluntad.*

Moraleja

La acción de ciertos hombres y mujeres de las más extrañas particularidades y caracteres, ha influido decisivamente en el desarrollo del acontecer de la vida, unas veces a escala mundial, otras, en la existencia de pueblos y ciudades, desde remotas edades hasta los tiempos actuales. Thomas Carlyle en su obra "Los Héroes", trata con esa peculiar maestría que reflejan siempre sus estudios y ensayos, lo que ha sido el discurrir de aquellos personajes notables en momentos cruciales de la trayectoria de las colectividades humanas donde les correspondió actuar,

como impulsados por fuerzas ocultas y poderosas e influjos que algunos han llegado a estimar como providenciales. También, otro notable intelectual, austríaco, Stefan Sweig, vinculó con acierto indudable algunos de estos hombres a progresos y avances de la civilización que él designó "momentos estelares de la humanidad". El justo reconocimiento al mérito, oportuno en ocasiones y póstumo en otros, confirma la cambiante y voluble modalidad del juicio de los mortales.

Para no salirnos del propósito de reflejar en este ensayo lo que compete al General Charles De Gaulle en la historia de Francia en la Segunda Guerra Mundial, conviene observar, que habiendo sido él un personaje sin aquellos grandes méritos que adornaron a otros

Quinta parte
(Última entrega)

DIAL

Por: HERNANDO GAITAN L.

hombres notables, tan sensacionales como Napoleón o Lutero por ejemplo, u otros genios de la guerra, la ciencia y el arte, sí encaja él dentro de la teoría providencial que ha deparado a Francia el concurso oportuno de sus hijos, como es el caso de Juana de Arco. Ambos fueron en su momento, señalados por el destino para restaurarle a sus compatriotas la fe, la dignidad y la confianza perdidas por obra de gobernantes ineptos e inferiores al papel histórico que les correspondió desempeñar en un momento trascendental para su patria, que contaba en su haber tantas glorias y tantos hechos entonces nobles y revestidos de superior grandiosidad.

La voluntad de este joven oficial, recia e inquebrantable, le permitió luchar sin tregua ni vacilaciones contra el espíritu derrotista de sus conciudadanos, que víctimas del desconcierto, la duda y una inconfesable

admiración por su tradicional enemigo, depusieron las armas y vergonzosamente le brindaron su concurso pasivo y claudicante para luchar contra los que habían sido sus aliados de ayer. De Gaulle, ante lo imposible, optó por expatriarse y forjar en suelo extraño, un núcleo de combatientes dispuestos a devolver a Francia la dignidad y el retorno de sus glorias pasadas. En todas las manifestaciones y actividades de la lucha en que debió empeñarse hubo de hacerlo, por una ironía desconcertante y tal vez sin precedentes, contra sus aliados y compatriotas, y en escala menor contra el adversario de siempre. Esta actitud, tan paradójal en apariencia, se explica por una conjunción de fenómenos políticos raras veces acontecidos en la complicada urdimbre de la historia europea. Ello quizás podría explicarse si se tiene en cuenta que este hombre encarnaba el más auténtico espíritu francés: orgulloso casi hasta la soberbia e imbuido de esa superioridad tradicional que animó el alma de los descendientes de los aguerridos galos y de los indomables francos, la rama más caracterizada de la gran familia germana, y por último, tener que debatirse en la vorágine inextricable de la política y los intereses angloamericanos, contrapuestos en varios aspectos esenciales, pese a su atávica unidad de idioma, raza y costumbres.

Al comenzar su lucha estuvo casi solo frente a la Francia de Petain y Laval, que lo juzgó como desertor y lo sentenció a muerte por rebeldía y traición. Del poderoso imperio francés solamente se pusieron al lado del "Movimiento de Liberación", el Africa Ecuatorial y las colonias de Indochina. A esta Francia libre que adoptó por emblema la Cruz de Lorena, se plegó más tarde el Gabón como resultado del desembarco de las fuerzas degolistas en Libreville el 9 de noviembre de 1940.

Así, poco a poco, como justa retribución a su indomable voluntad, su movimiento fue adquiriendo día a día mayor auge y autoridad en el insondable maremágnum de un revuelto océano de prejuicios e intereses en pugna, tanto de Inglaterra como de los Estados Unidos, personalizados en Winston Churchill y Franklin Delano Roosevelt, hasta llegar al supremo comandante Eisenhower. Otros bastiones de la Francia de Vichi optaron por seguirle, entre ellos Siria y el Líbano, pese a la ambigua posición de sus aliados anglo-americanos. No rodó con suerte frente a Dakar, ocupado por los franceses de Vichi, aun cuando contó con el apoyo de la flota inglesa. Empero, su confianza no disminuyó ante el fracaso y se vio poco después estimulado por la adhesión del Africa Ecuatorial y las colonias de Oceanía.

Pero su espíritu voluntarioso e independiente, frente a la actitud dominante y en ocasiones intransigente del primer ministro Winston Churchill, le acarrearía situaciones que fácilmente pueden medirse a través de la correspondencia del gran estadista británico y por sus referencias con respecto al ánimo del Presidente Roosevelt. Ambos, para sustentar su posición frente al movimiento degolista, habían alimentado las aspiraciones del General francés Giraud para ocupar papel destacado en la liberación de Francia, aún a costa de desplazar al General De Gaulle de su posición de jefe indiscutible de la liberación de su patria.

Esta alternativa, producto resultante de los complicados procedimientos de estos dos poderosos de la alta política mundial, revelan aspectos, un tanto desconocidos sobre una situación crítica en las relaciones del caudillo francés con estos últimos, a saber: "Enero 18 de 1943. El primer ministro al ministro del exterior. Si Ud. lo juzga oportuno, debería entregar el siguiente mensaje mío a De Gaulle. Estoy autorizado para decirle que la invitación que le ha sido hecha de personarse aquí, proviene del presidente de los Estados Unidos, así como de mí. Hasta ahora no he dicho nada de su negativa al General Giraud, que ha venido acompañado

únicamente de dos oficiales de estado mayor y está aguardando. Las consecuencias de su negativa, de persistir en ella, serían a mi modo de ver muy desfavorables para usted y su movimiento...

El hecho de que usted haya rehusado venir a la reunión propuesta, será a mi parecer, universalmente censurado por la opinión pública y constituirá una respuesta inequívoca a toda suerte de quejas... Desde luego no cabe ni pensar que en un futuro próximo se le invite a visitar a los Estados Unidos, si en esta ocasión usted rechaza la invitación del presidente... La posición del gobierno de su majestad respecto de su "movimiento", mientras usted continúe al frente del mismo, también exigirá ser revisada. Si con los ojos abiertos usted rechaza esta ocasión única, nosotros procuraremos seguir adelante lo mejor que podamos sin usted. La puerta todavía está abierta... Confío en que, de todo lo expuesto, usted le planteará lo que estime más pertinente. Por el propio bien de De Gaulle, usted debería zarandearle sin muchos miramientos".

Por los apartes transcritos es inevitable admitir, que el General De Gaulle tenía la convicción de que él debería recibir de los angloamericanos un trato más elevado que el que las dos superpotencias dispensaban a los polacos,

belgas, holandeses y demás países vencidos y exiliados.

En otro comentario de Winston Churchill se puede apreciar su poca simpatía por el General De Gaulle: "Yo nunca pude considerarle como la representación de la Francia cautiva y postrada, ni de la Francia que tenía derecho a decidir por sí misma su propio futuro... Decíase en zumba que De Gaulle se creía a sí mismo la viva representación de Juana de Arco, a cuyas órdenes, se asegura, un antepasado suyo sirvió como fiel partidario".

Parece, con esta infortunada referencia, que Churchill se olvidó presumiblemente, que Juana de Arco, cautiva de los ingleses, fue quemada viva con anuencia de los mismos, como presunta bruja enemiga de ellos, que aspiraban a enseñorearse de Francia después de sus victorias militares en Crecy y Poitiers.

Y más adelante Churchill, agrega en sus memorias: "Clemenceau, con quien se dice que De Gaulle también se solía comparar, era un estadista mucho más sagaz y experimentado. Pero ambos daban la misma impresión: dos franceses inconquistables".

En otra comunicación del mismo estadista británico, dirigida en esta ocasión al rey de Inglaterra, y fechada el 22 de febrero de 1943, se expresó en uno de sus apartes en los

siguientes términos: "La irrupción de De Gaulle, o sus agentes en este terreno (hablaba del Africa del Norte Francesa), especialmente si fueran impuestos a la fuerza por nosotros, no causaría más que disgustos. Ha sido exclusivamente culpa de De Gaulle que las dos fracciones francesas no hayan llegado a un buen arreglo".

De Gaulle, sin lugar a duda, se negó sistemáticamente a entrar en relación, y mucho menos a pactar con la Francia de Petain y Laval, quienes terminada la guerra fueron juzgados y condenados por tribunales franceses. El primero, a reclusión perpetua; el segundo, a ser pasado por las armas, como traidor a Francia.

Entre las varias referencias de Churchill a propósito de De Gaulle, se encuentra ésta en el IV tomo de "El Gozne del Destino", página 484: "También se echa de ver en Washington una actitud extremadamente adusta acerca de De Gaulle: "No pasaba día sin que el presidente me hiciera alusión a este tema. Aunque estas alusiones eran de un modo sumamente amical y a menudo jocosa, yo no pude por menos de notar que el presidente lo tomaba muy en serio".

El caudillo francés, atento siempre a dar la mayor fuerza militar y política a su núcleo de resistencia, creó "El Con-

sejo Nacional de Francia Libre" y emprendió una intensa campaña para consolidar los elementos dispersos y aún incoherentes del imperio francés que renacía. A mediados de 1941, durante cinco meses, recorrió incansablemente los dominios coloniales que le eran adictos; impulsó toda ocasión y aprovechó todas las circunstancias favorables del movimiento interior de resistencia contra los invasores y los colaboracionistas de Vichi. Con el propósito de sumar las máximas asistencias hacia la Francia libre, concertó una política de inteligencia con la Unión Soviética y logró el apoyo de los Estados Unidos al conseguir la aplicación a la Francia libre de la ley de préstamos y arrendamientos.

En las relaciones con sus aliados el general debió mantener la más celosa atención hacia los manejos que éstos desarrollaban a la luz de sus propias conveniencias e intereses, impuestos por la complicada política que imponía el curso de los acontecimientos. Fue así como en el caso del desembarco aliado en el norte de Africa y la consiguiente liberación de Orán y Argelia, los Estados Unidos —como ya se registró anteriormente—, creyeron hallar en el General francés Giraud un posible sustituto del General De Gaulle, por hallarse más a tono con sus propósitos y conveniencias

presentes y futuras. En un momento pareció que la autocracia golista podría ser minada por la de su posible contendor, pero el enorme prestigio que había alcanzado De Gaulle entre sus compatriotas hizo fracasar el intento de sustitución.

Aun cuando las potencias coaligadas progresaban notoriamente, en todos los frentes de lucha, el poder militar alemán no daba mayores muestras de debilitarse notoriamente, excepción hecha del frente ruso. Pero no obstante los éxitos angloestadounidenses, sus altos mandos habían pospuesto indefinidamente la apertura del segundo frente, que tan ahincadamente venía exigiendo Stalin, en todos los lenguajes, hasta llegar a afirmar que tal actitud obedecía a un plan premeditado de desgaste de alemanes y rusos.

Ya para mediar el año de 1944, un factor que pudo influir decisivamente en el segundo frente, fue posiblemente el avance incontenible de los rusos hacia Alemania, como virtualmente vencedores de la Alemania nazi. Pese al gran secreto que se logró mantener por parte de los aliados, un posible desembarco en el continente fue propagado por las distintas fuentes de información. Esta divulgación prematura, obrando en el ánimo de aquellos, les llevó a declarar públicamente que para entonces ya se había

logrado la necesaria preparación y adiestramiento de las tropas que posiblemente habrían de invadir a Francia. Cuando ya esta noticia se propaló a todos los vientos, acorde con los planes aliados, se fijó como fecha el día D que habría de corresponder al 5 de junio de 1944. Ese día tan crucial, norteamericanos, ingleses, canadienses y tropas auxiliares de los países europeos en exilio, transportados por mar y aire desde las costas inglesas empezaron a operar en la mañana, conforme al plan previsto.

Esta operación tan anhelada, era esperada con ansiedad no sólo por los soviéticos sino por todos los gobiernos en exilio que funcionaban en el suelo inglés, checos, polacos, griegos, holandeses, belgas y de otras regiones europeas invadidas, que acompañaban con sus contingentes al ejército de desembarco. Los franceses libres que ya constituían varias divisiones, se hallaban estacionados no sólo en el norte del Africa con De Gaulle a la cabeza, sino que también había algunas encuadradas dentro del conjunto de las huestes aliadas, cuyo jefe supremo era el General norteamericano Eisenhower.

El 19 de agosto de 1944 el General De Gaulle partió en avión de Argel hacia Casablanca para de ahí seguir a Maupertuis, cerca de Saint Lo, donde

debía reunírsele el General francés Juin, acompañado de varios oficiales. Al salir de Casablanca el 19 una multitud considerable, con los sombreros quitados, los brazos levantados y las miradas insistentes, se alineaba a lo largo de las calles, como un saludo ardiente y silencioso que emocionó profundamente a De Gaulle, quien abandonó el 20 esta localidad rumbo a Maupertuis. Allí se enteró de que los guerrilleros, la policía y grandes grupos rebeldes se aprestaban a ocupar las dependencias oficiales, mientras que los alemanes iniciaban la evacuación de sus servicios.

Al entrevistarse con Eisenhower y felicitarlo por el éxito fulminante de la ocupación de varias localidades y por el desarrollo de los planes futuros del avance hacia Alemania, De Gaulle le manifestó su extrañeza de que no existía decisión alguna para ocupar la "Ciudad Luz", poniéndole de presente que no acertaba a comprender por qué París no figuraba entre los planes inmediatos de ocupación, siendo como era el centro principal de las comunicaciones con toda Francia. Así mismo, le manifestó la importancia de que las tropas que se designaron al efecto, debían estar precedidas por la segunda división blindada francesa, que convenía ser designada en primer lugar. Afirma De Gaulle en sus memorias, que Eisenhower manifestó cierto

azoramiento ante este justo reclamo de hacer avanzar hacia la capital al General francés Leclerc, héroe de la resistencia, pero que seguramente no habiendo para ello razones de orden estratégico, hubo de presumir que en el ánimo del comandante americano pesaban otras consideraciones, que no juzgó oportuno revelar, limitándose a manifestar que la "resistencia había intervenido demasiado pronto". "Hube de suponer, agrega el general, y más tarde comprobar, que el mando militar se hallaba un tanto cohibido por el proyecto político perseguido por Laval, favorecido por Roosevelt, que exigía que París fuese mantenido al abrigo de conmociones. La resistencia, sin duda, venía a poner término a dicho proyecto.

Todo, sin embargo, se encaminaba a un desenlace que no tendría ya disyuntivas. El gobierno de Vichi —como los viejos navíos— hacía agua por todas partes y así lo entendieron Laval y el Mariscal Petain. El mando se escapaba de sus manos y los ejércitos alemanes que lo habían sostenido ultimaban sus preparativos para evacuar París y con ella toda Francia.

Hitler, que no se hacía ilusiones, también comprendió que el avance de los aliados era incontenible y que el gobierno títere de Vichi sólo tenía como alternativa su rápida dejación

del mando. Con la voluntad indomable que caracterizaban todas sus decisiones ordenó que Laval fuera a reunirse con ellos.

El 18 de agosto Laval, Herriot y Abetz se dijeron adiós juntos en Matignon. El 20 el mariscal abandonaba Vichi conducido por los alemanes. Así cayó en el abismo de la nada la última combinación de Laval. Había jugado y perdido con la carta que le sería fatal. Sin duda, en su gobierno, desplegando para sostener lo insostenible todos los recursos de la astucia, todos los resortes de la obstinación, intentó, según sus principios servir a su país. El General De Gaulle, con su habitual gallardía declaró: "Que se tenga en cuenta esto. Es un hecho que, en el fondo de la desgracia, esos franceses, que en corto número, escogieron el camino del lodo, no renegaron, ya en él, de la patria, puerta entreabierta al perdón", agregaría para terminar. Para el general, descartando las intrigas que hasta el último instante trataron de detener su firme e inalterable actitud, se abrieron todas las puertas del triunfo y de la gloria, porque París —en masa— lo aclamó. Ante un hecho tan rotundo el General Eisenhower impartió la orden de lanzar hacia París la segunda división blindada francesa. El general agrega en sus memorias: "El 25 de agosto no va a fallar nada de lo que está decidido. Yo mismo he fijado

por adelantado lo que tengo que hacer en la capital liberada. Consiste ello en congregar las almas en un solo impulso nacional, pero, también, en hacer que surjan en seguida la figura y la autoridad del Estado. Mientras recorro a largos pasos la terraza de Rambouillet y me informan de hora en hora del avance de la segunda división blindada, evoco los infortunios que un ejército mecanizado compuesto de siete unidades semejantes hubiera podido evitarnos hace unos años. Entonces, considerando la causa de la impotencia que nos privó de ellas, es decir, la ausencia del poder, tanto más decidido me siento a no dejar que se merme el mío. La misión de que estoy investido me parece sobremanera clara. Al subir al coche para entrar a París, me siento, a la vez, oprimido por la emoción y lleno de serenidad". Francia entera y el mundo hubieron de reconocer cuánta razón asistía al general, cuando a riesgo de ser sancionado, se enfrentó con autoridad y serenidad a sus superiores para criticar la ausencia de mecanización del ejército francés en una época en que todavía era posible subsanar tan lamentable equivocación militar.

Precisamente, en el año de 1990, al evocar el recuerdo del General Charles De Gaulle, tan breve y superficialmente tratado en este somero ensayo, se



Charles de Gaulle vivió de 1890 a 1970. Durante la Segunda Guerra Mundial dirigió la resistencia contra los alemanes. Hasta 1946 cubrió el puesto de jefe del gobierno provisional y desde 1959 hasta 1969 fue presidente de la República de Francia.

cumplen hechos en la vida de este protagonista del siglo, que debemos mencionar: Su nacimiento hace 100 años en Lille (noviembre 22 de 1890); veinte años de su muerte en Colombey Les-Deux Eglises, en cuyo pequeño cementerio fue enterrado para siempre, según su soberana voluntad, y el cincuentenario de su llamamiento a sus compatriotas para recuperar la libertad de Francia (enero 18 de 1940).

El recuerdo del general, creador de la Quinta República Francesa, es testimoniado en la obra notable, en tres tomos, de Jean Lacouture, "De Gaulle". En ella aparece reflejada, con fidelidad y maestría, su famosa triple personalidad: el rebelde, el político, el soberano. Pero algo que merece anotarse en esta figura múltiple, es que el escritor y el historiador superan al gran militar. "Sus memorias constituyen una obra maestra por la honradez, fidelidad y afecto con que trata tantos hechos notables en la historia de Europa y su patria.

Sus compatriotas se apresuraron a reiterar en sus tres conmemoraciones la devoción imperecedera por este hombre, tan francés y tan leal a la tierra que le vio nacer, que presenció su grandeza y que guarda con devoción sus restos mortales.

OBRAS CONSULTADAS

1. Reportaje de la historia
136 relatos de testigos presenciales. Editorial Planeta. Barcelona.
2. Memorias
Winston Churchill
Tipografía La Academia
Enrique Granados. Barcelona.
3. La Segunda Guerra Mundial
G. Deborin
Ediciones en lenguas extranjeras. Moscú.
4. La ofensiva japonesa y el alud americano
Bernard Millot
Editorial Bruguera S.A. Barcelona.